

cilar un momento, sin detenerse, como si hubieran estado llenos de aquella idea; con lo cual probaban al gobierno, que podía la opinión pública no estar tan satisfecha de su política, como lo ponderaban sus aduladores. ¿Que podía el gobierno esperar, no ya de sus adversarios, sino de los indiferentes, cuando sus amigos mas caros, los miembros de la corporacion mas adicta, pensaban de aquel modo?

Llegó á tanto el enojo del dictador, que faltó poco para que suprimiera el Consejo de Estado, que ya desde entonces no fué para él mas que una corporacion poco menos que revolucionaria y facciosa. Si no dió aquel paso, fué porque estaba contemplando ansiosamente los que daba la revolucion, avanzando amenazadora y terrible á derribar su vacilante sôlo. Sin duda el gobierno dictatorial sentia ya entonces que la tierra se movia bajo su planta, y no se atrevia á dar los furibundos golpes de otras veces, temeroso de que se abriera y le tragara.

Todo el mes de Julio de 1855 se pasó en angustiosa incertidumbre. Las cuestiones sobre constitucion estaban resueltas, pero el gobierno estaba muy lejos de obrar conforme á los consejos que se le habian dado. Antes que gobernar con una constitucion, aunque fuera hecha por otros, Santa Anna y sus ministros consultan en perecer mil veces. El dictador vacilaba entre dos pensamientos: el uno era marcharse; el otro hacer un esfuerzo desesperado sobre sus enemigos; combatian los ministros el primero; el segundo dependia de las circunstancias que se presentáran. No habia dinero; pero se habria conseguido arrendando las aduanas como se pensó, ó haciendo algun empréstito por ruinoso que fuera. Se habian sufrido grandes reveces; pero todavia el gobierno podia presentar en campaña mayor número de soldados que la revolucion, y á su servicio estaban jefes decididos, cuyo porvenir se ligaba intimamente con su existencia. Una postrer tentativa podia haber sido fatal para la revolucion: bastaba un triunfo del gobierno en el Sur y otro en Michoacan, para que la dictadura hubiera afirmado su poder, y para que hubiera continuado por mucho mas tiempo, por un tiempo indefinido, aquel órden de cosas. No se hizo esta tentativa, porque la revolucion contaba con el génio y el brazo de uno de esos hombres que encadenan á sus plantas la victoria, y someten á su voluntad los acontecimientos: los hechos de Comonfort acabaron con las vacilaciones del general Santa-Anna, y le decidieron á marcharse.

El general Comonfort, despues de haber permanecido algunos dias en Michoacan, pasó al departamento de Jalisco,

co, que habia de ser por entonces el último teatro de su gloria como revolucionario.

En Michoacan habia hecho á la concordia y á la buena armonia de los suyos, el sacrificio de sus afecciones privadas: despues hizo á la humanidad el sacrificio de su reputacion de caudillo. Desde su llegada del Sur habia pensado tomar á Patzeuaro, poblacion importante, cuya ocupacion valia mucho para la causa de la revolucion, por su situacion topográfica y sus recursos. Habia hecho ya para ello todos los preparativos necesarios, y estaba dictando las convenientes disposiciones para el ataque, cuando llegó á entender que las guerrillas abrigaban proyectos de venganza contra aquella ciudad, y que para cumplirlos, pensaban entregarla al saqueo en cuanto cayera en sus manos. Por mas que hizo el general en jefe, no pudo disuadir de semejante propósito á aquella gente ofendida y apasionada; y conociendo que no habia de poder evitar una catástrofe, prefirió no tomar á Patzeuro. ¡Rasgo de humanidad, tanto mas digno de admiracion, cuanto que son muy raros en las guerras civiles, y mucho mas en aquella!

Al pasar de Michoacan á Jalisco, Comonfort dispuso que cubriera su retaguardia Don Euimio Pinzon con su guerrilla; pero éste, por descuido ó por imposibilidad, no cumplió aquella órden, y dejó espuesta á un gran desastre á la division; de suerte, que si los del gobierno hubieran sido mas avisados entonces, se habrian aprovechado de aquella oportunidad para dar muy fácilmente un golpe de muerte al mas formidable de sus enemigos. La providencia lo dispuso de otro modo, y permitió que llegara Comonfort á donde le aguardaba el génio de la guerra para ayudarle á dar el último golpe á los tiranos de su patria.

El 21 de Julio se presenta delante de Zapotlán, y toma las convenientes medidas para atacar aquella poblacion importante. La guarnicion está decidida á defenderse hasta morir, teniendo por auxiliares de su valerosa decision, dos líneas de formidables fortificaciones. Llega la mañana del 22, y los sitiadores atacan con furia; pero el éxito está muy dudoso, porque los defensores de la plaza no retroceden un paso. Entonces se adelanta Comonfort, y asalta personalmente las trincheras para dar pronto fin á la jornada; siguele Degollado, Ghilardi y Pueblita; los defensores se admiran de tanto arrojo, y continúan luchando desesperadamente: pero mas de cien cadáveres de sus compañeros yacen tendidos en las trincheras; los sitiadores han penetrado ya en la plaza marchando en pos de su valiente caudillo; toda defensa es ya inútil; y tienen que rendirse á la merced del vencedor.

Pero la lucha había sido obstinada y sangrienta, y los vencidos estaban allí fatigados é inertes, brindando á los vencedores á tomar venganzas terribles. Ya los soldados del ejército libertador blandían furiosos las armas para acabar con los gefes y oficiales rendidos: el caudillo les grita, pero es en vano; la fiebre de los combates y la sed de venganza los devora, y no pueden escuchar las órdenes de su gefe que les manda que perdonen. Entonces Comonfort se interpone entre los suyos y los vencidos, y salva la vida de éstos presentando su cuerpo de escudo contra las armas de los vencedores irritados.

De este modo los gefes y oficiales de la guarnicion de Zapotlan debieron la vida al general Comonfort; y entre ellos había algunos á quienes había salvado ya en otra ocasion de una muerte cierta. Seguramente sobre las trincheras ensangrentadas de Zapotlan no hubo quien recordara á Comonfort el mal pago que solian tener aquellos beneficios; pero lo cierto es que no fué aquella la última vez que encontró delante de sí, haciéndole la guerra á los mismos á quienes había salvado la vida.

La toma de Zapotlan fué un hecho de armas, del cual se habló mucho, porque brilló en él con especialidad el denuedo del general en gefe. El dijo en su parte con la modestia del verdadero mérito, que habiendo asaltado simultáneamente las trincheras cuatro columnas en medio de los fuegos del enemigo, se ignoraba quien había penetrado el primero en la plaza. Fué él mismo: no obstante el humo de la batalla lo vieron los suyos que le seguian, y los enemigos que en vano intentaban rechazarle.

Desde Zapotlan se dirigió Comonfort á Colima: precediéndole la fama de bueno y de valeroso, y Colima le abrió sus puertas el 29 de Julio, mediante un convenio por el cual concedió á los gefes y oficiales de la guarnicion la garantía de la vida. Era aquel un triunfo de la razon, con el cual debió quedar el vencedor mas satisfecho que con el triunfo de las armas. Para asegurarle, Comonfort abolió en favor del puerto de Colima y de todo el territorio, las gabelas que existian, declaró vigente el arancel Ceballos, abolió los derechos de consumo y las alcabalas, así como todas las contribuciones directas, y dió al territorio un Estatuto orgánico. Todo él se adhirió á la revolucion.

Estos acontecimientos unidos á las tentativas de conspiracion que en la misma capital se hicieron en el mes de Julio, decidieron por fin á Santa Anna á abandonar un puesto, del cual le arrojaban la opinion pública y el despecho general, con mas fuerza todavía que las armas de sus enemi-

gos. Se había gastado el último real de los cuantiosos fondos que aquel gobierno había tenido á su disposicion, fruto de odiosas contribuciones, de negocios malos, de la venta del territorio; y al agotársele el postrer recurso, pudo ya el hombre ver claramente que se había agotado la paciencia de sus conciudadanos. Hizo pues secretamente sus preparativos de viaje, envió por delante á su familia, y mandó que varios cuerpos de tropa se situáran por el camino entre la capital y Veracruz.

Pero no podian tomarse tan en secreto aquellas disposiciones, que dejáran de traslucirse en el público y con ellas el objeto á que se encaminaban. Hablábase de la próxima salida del presidente, y murmurábase de ella, porque se suponía que iba á ser una verdadera fuga. Los periódicos ministeriales dijeron que aquella especie era una calumnia, y el gobierno la desmintió en una circular fecha 2 de Agosto, en la cual se decía que los enemigos del orden para perturbar la paz, habían circulado la noticia de que el presidente iba á salir de la capital para ausentarse del país; y que siendo el fin principal de los anarquistas introducir la confusion y el desorden, se hacia saber á las autoridades, que aquello era una suposicion gratuita y maliciosa; que los que la propagáran, serian considerados como perturbadores del orden, y corregidos como tales.

Dos ó tres dias despues decian todavía los ministros del dictador en las columnas de la prensa ministerial, que era un rumor absurdo, infame y malicioso el que habían esparcido los enemigos del orden, porque el general Santa Anna no era un cobarde ni un imbécil para huir como se suponía, ni se había de degradar de aquella manera.

A pesar de esto, el 9 de Agosto á las tres de la mañana, salió de la capital, acompañado de su estado mayor y de una escolta de lanceros; tomó el camino de Veracruz, y se embarcó, despues de recibir en las poblaciones del tránsito y en aquel puerto, las mismas pruebas de respeto y de finjido amor que en los dias de su mayor poder se le daban.

El mismo dia 9 se publicó un decreto, espedido el dia anterior, por el cual se mandaba publicar el pliego cerrado que se guardaba en el ministerio de relaciones. Santa-Anna había nombrado para que le reemplazáran en el poder, al presidente del supremo tribunal de justicia, y á los generales Don Mariano Salas y Don Martin Carrera, y en caso de fallecimiento de éstos, á los generales Don Rómulo Diaz de la Vega y Don Ignacio Mora y Villamil.

El 10 apareció una circular del ministerio de gober-

nacion, que tambien tenia la fecha del 8, en la cual se decia á los gobernadores de los departamentos, que el presidente habia resuelto pasar al de Veracruz "para atender personalmente al restablecimiento del orden que ha sido alterado en algunos puntos de aquella demarcacion". Esta fué la última palabra que dirigió el gobierno de Santa-Anna á la República: fué tambien la mas inocente de sus mentiras. (5)

Despues los ministros del dictador se escondieron; quedose desierto el palacio; y la capital veia pasmada aquella súbita desaparicion del coloso, hasta que llegó el momento de sentirse el fragor de su caída. El dia 13 de Agosto se apercibieron los habitantes de la capital de la mudanza que se habia efectuado en su suerte: habia huido el tirano, se habian ocultado los opresores, los ciudadanos eran libres: al verse libres despues de tanto tiempo de ser esclavos, no pudieron contener los impulsos de su gozo y de sus resentimientos: soltaron el dique á las pasiones, agriadas por las penas de la servidumbre; no faltó quien hablara de venganzas, y las turbas se vieron arrastradas á deplorables excesos. Las casas de algunos de los ministros, y de los otros personajes que pasaban por amigos de la dictadura, fueron allanadas; sus muebles fueron hechos pedazos, ó quemados en grandes hogueras; una imprenta fué destrozada. Algunos dijeron que todo aquello habia sido una gran justicia. Apresurémonos á rechazar semejante idea con toda la energia de la razon y toda la fuerza de la verdad. La historia maldice á los opresores de los pueblos, que dan ocasion á semejantes escenas, y compadece á los que con ellas manchan el entusiasmo de los triunfos populares: pero si maldice las iniquidades del opresor, no por eso adula las faltas del oprimido; no puede llamar justicias á las devastaciones: la justicia es una cosa muy diferente.

Por lo demás, todas aquellas demostraciones de gozo por la libertad y de ira contra los tiranos, se esplican muy bien con los tormentos que la nacion habia sufrido. Ella habia dado al gobierno de Santa-Anna cuanto habia menester una

(5) Algunos dias despues se publicó un manifiesto del general Santa-Anna, que se suponía hecho en Perote, y que sin embargo habia sido escrito en esta capital antes que saliera el dictador. En él se decia en sustancia, que el gobierno habia sido muy bueno, y que la culpa de todo lo malo la tenian los que se habian rebelado contra él. Se dijo entonces, que el autor de aquel manifiesto habia sido el ministro de justicia Don Teodosio Lares.

El manifiesto de Perote ha sido refutado despues por Don Juan Suarez Navarro, en una serie de artículos que se han publicado en el Siglo XIX.

política regeneradora para llenar una gran mision: poder sin límites, recursos abundantes, cooperacion de todos, sumision general, nada le habia faltado: hasta sus mismos enemigos habian guardado silencio para allanarle los caminos: hasta los partidarios mas ardientes de la libertad se habrian sometido á su poder, si hubiera dado á las personas una garantia y á la sociedad una esperanza. Pero la política de aquel gobierno no solamente habia sido una exageracion de principios hipócritamente proclamados, sino que habia sido una política de rídiculos y de barbarie: quiso dominar por el terror, y fué aborrecido; quiso deslumbrar con oropeles, y fué menospreciado; quiso ahogar en sangre la opinion pública, y pereció él ahogado en la sangre y en las lágrimas de sus victimas.

La teogonía del paganismo castigaba con las penas del averno á los tiranos: Eneas encontró en la mansion de los tormentos á los que habian vendido á su patria por oro, á los que la habian oprimido estableciendo y mudando leyes por vil interés. (6) No es mas suave segun las creencias cristianas, el castigo que la justicia de Dios impone á los opresores de los pueblos: "¡Ay de los que establecen leyes iniquas. para oprimir á los pobres para violentar á los humildes, y despojar al huérfano y á la viuda! Ay de tí, que llevas por todas partes la destruccion y que desprecias á los demás: ¿no serás tú destruido y despreciado?" (7) ¡Av del que edifica una ciudad con sangre! (8) Caerá el soberbio, y será precipitado, y no habrá quien le dé ayuda" (9) Lo que pasó en México cuando cayó el gobierno de Santa-Anna, no fué sino el cumplimiento de lo que dice la religion sobre los que destruyen y esclavizan, y una repeticion de los hechos de la historia.

Con la fuga de Santa-Anna, quedaba cumplido el primer objeto de la revolucion, que era derrocar la tiranía. Faltaba el segundo, que era convocar á la nacion para que se cons-

(6) Vendidit hic auro patriam, dominunque potentem
Imposuit; fixit leges pretio atque refixit.

VIRG. ENEID. LIB. 6.

(7) ¡Væ qui condunt leges iniquas. . . . ut opprimerent in
judicio pauperes et vim facerem causæ humilium. . . . ut essent
vidæ præda eorum, et pupillos diriperent! ¡Væ qui prædaris; ¿nonne
et ipse prædaberis? et spernis, ¿nonne et ipse sperneris?

ISAIAS, CAP. X v. XXXII.

(8) Væ qui ædificat civitatem in sanguinibus. . . .

HABACUC, Cap. II.

(9) Cadet superbus, et corruet, et non erit qui suscitet eum;
JEREMIAS, CAP. L.

tituyera conforme á su voluntad. Habíase conseguido el primero á costa de muchos esfuerzos, de muchos peligros y de mucha sangre: para lograr el segundo, era menester que los hombres de hierro, que habían llevado la revolución hasta la capital, saltando de monte en monte y de breña en breña por encima de las bayonetas y de los cañones del dictador, desplegaran en los consejos de la política tanta sabiduría y tanta entereza como valor habían mostrado en las batallas. Pronto veremos que no faltaron estas cualidades á los heroicos caudillos de la revolución.

CAPITULO NOVENO.

TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Pronunciamiento de la guarnicion de México.—Infraccion del plan de Ayutla.—Pronunciamiento del pueblo.—Gobierno del general Carrera.—Dificultades.—Renuncia.—Adóptase definitivamente el plan de Ayutla en la capital.—Plan de San Luis.—Nueva lucha de la revolución.—Firmeza de los caudillos.—Peligros.—Comonfort en Guadalajara.—Sale para Lagos.—Conferencia de Lagos.—Convenios.—Comonfort en Guanajuato.—Marcha á Cuernavaca.—Ovaciones.—Motivos que tuvo para retardar su viaje.—Nombramiento de representantes para elegir presidente.—Llega Alvarez á Cuernavaca.—Es elegido presidente interino.—Efectos de esta eleccion.—Manifestacion de Comonfort.—Ministerio.—Comonfort ministro de la Guerra.—Vuelve á la capital.—Ajitacion de los ánimos.—Síntomas de trastorno.—Pronunciamiento de Guanajuato.—Nombramiento de Comonfort para presidente sustituto.—Efecto que causó.—Rasgo notable de Alvarez.—Tranquilidad.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolución; pero la revolución no estaba en la capital para recoger del suelo el poder que el dictador había abandonado. Podía levantarle el primero que pasara, y no había razon para llevarlo á mal, supuesto que era entonces un bien para la República darla siquiera un simulacro de gobierno. Los dias que pasó sin él, desde el 9 hasta el 14 de Agosto, fueron dias de la mas cruel ansiedad para los habitantes de México, que sentían rugir sorda y amenazadora la tormenta popular, y veían acercarse el monstruo de la anarquía á destruir cuantos restos habían quedado de orden público. Conservóse éste por los laudables cuidados del gobernador y comandante general del distrito y por la digna actitud de los cuerpos de la guarnicion, bien que no se salvó la tremenda crisis sin que se mezcláran con los buenos arranques patrióticos, desabogos de mala ley, como ya se ha relatado.

El 13 de Agosto, dia de las grandes demostraciones populares, la guarnicion de México levantó una acta en la cual